

A woman's face is shown in a close-up, focusing on her mouth and hand. She has dark hair and is wearing a dark top with a white collar. Her hand is raised to her chin, holding a small, light-colored, textured object. The background is a faded, sepia-toned image of a large, multi-story building with a central tower and arched windows, set against a backdrop of mountains.

Una historia de amor, locura y venganza en los márgenes de la sociedad

# EL TREN DE LOS LOCOS

PATXI IRURZUN

HarperCollins  
*Narrativa histórica*

# EL TREN <sup>DE</sup> LOS LOCOS

P A T X I I R U R Z U N



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

El tren de los locos  
© Francisco Javier Irurzun Ilundain, 2021  
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria  
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio  
Imágenes de cubierta: Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-717-5

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

### ÁNGELUS

I

II

III

### TRES DISPAROS

I

II

III

IV

V

VI

### PIEL DE PERRO

I

II

III

IV

V

VI

VII

### DINAMITA Y TERROR

I

II

III

### MAGNICIDIO

I

II

III

### ANGIOLILLO

I

II

III

IV

V

RENDICIÓN

I

II

III

IV

APACHES DE PARÍS

I

II

III

LECHE DE BURRA

I

II

III

IV

EN EL DISTRITO QUINTO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

EL TREN DE LOS LOCOS

I

II

III

IV

V

EL CONTRABANDISTA

I

II

[III](#)

[IV](#)

[MEMENTO MORI](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[EL CALZÓN DE CRISTO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[Nota del autor](#)

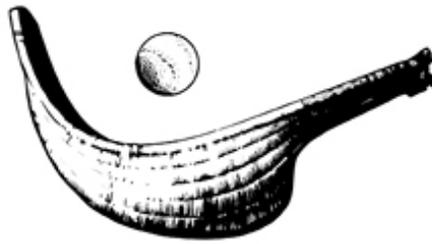
[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Y por mirar al cielo caigo en pozos profundos.*  
Charles Baudelaire

# ÁNGELUS



## I

Todo empezó una mañana de agosto de 1896, en el penúltimo de los veranos luminosos y ardientes de Santa Águeda.

Fue durante uno de los partidos en el frontón, junto a la vieja muralla, cuando un golpe de la pelota contra la chapa sonó como un disparo.

Xalbador, de pie junto a su novia, se sobresaltó, en un presagio fatal.

—¿Has visto, Boli? Ha fallado queriendo —le susurró después al oído—. Y no es la primera vez, se está dejando ganar.

Maurizia —Maurizia Bolinaga, ese era el nombre de la joven— se encogió de hombros. La verdad era que en aquel momento no hacía caso al juego, estaba preguntándose si esa mañana, antes de salir del balneario, había cerrado con llave el cuarto del petróleo, donde ya habían entrado a robar en alguna ocasión.

—¡Ha fallado queriendo! —repitió Xalbador, esta vez en voz alta, buscando apoyo entre los otros mozos y apostadores que se agolpaban y vociferaban junto a ellos.

Pero justo en ese momento las campanas de la iglesia repicaron, ahogando sus quejas.

Eran las doce del mediodía.

La hora del ángelus.

El partido se detuvo. Un cura se asomó entre el público y, a continuación, cruzó la plaza hacia los dos pelotaris. Mientras caminaba, con enérgicas zancadas, los hombres se descubrían las cabezas, como si temieran que el vuelo de su sotana pudiera arrebatárles las *txapelas*.

Eran corderos.

Corderos de Dios.

Xalbador, por el contrario, apretaba enrabiado la boina negra entre sus dedos, del mismo modo que habría estrangulado si pudiera a aquel inoportuno comehostias, como él y sus camaradas anarquistas llamaban a los sacerdotes.

Maurizia, al ver aquel gesto, las manos grandes, bonitas y crispadas de pelotari de su novio —él también había disputado esa mañana un partido—, sintió que un pequeño pez de colores chapoteaba entre sus muslos.

—El ángel del Señor anunció a María —inició el cura el rezo, de pie entre los dos jugadores.

Uno de ellos era Salsamendi, la joven promesa local; el otro, el que había fallado el tanto, aquel hombretón de Irún que también se llamaba Xalbador, Xalbador Olaetxea, al que apodaban Basati<sup>[1]</sup>, y que, según contaban, podría haber sido el mejor jugador de cesta punta de toda Guipúzcoa si no fuera por su carácter altivo y pendenciero y por su afición al vino, las cartas y las mujeres.

—Y concibió por obra del Espíritu Santo —continuó el rebaño.

Sus voces se fueron diluyendo y convirtiéndose en un zumbido, como una mosca que revoloteaba alrededor de una herida.

—Dios te salve María...

—Llena eres de gracia...

Así hasta que, apenas un segundo antes del tercer amén, Xalbador y Maurizia vieron por primera vez a aquel extranjero siniestro y esmirriado que cambiaría para siempre sus destinos y de quien, sin embargo, solo meses

más tarde conocerían su nombre y algunas otras anómalas circunstancias de su vida, como su difalia, un capricho de la naturaleza que, decían, lo había condenado a nacer con dos penes.

---

[1] *Basati*: salvaje.

## II

Debía de haber estado todo el rato a sus espaldas, sin que se diesen cuenta, tal vez escuchando su conversación, tal vez incluso viendo cómo con disimulo Maurizia introducía la mano en uno de los bolsillos del pantalón de su novio y con las uñas, que esa misma mañana había pintado de rojo sangre, le acariciaba la ingle a través de un descosido. Se abrió paso, de hecho, entre Xalbador y ella, con un empujón. Luego, corrió de aquella extraña manera, balanceándose como un chimpancé, hasta llegar a donde estaba el otro Xalbador, Basati, quien ya volvía a incorporarse al juego, y al que comenzó a recriminar a gritos algo en una lengua desconocida.

Lo hizo de una manera que hubiese resultado cómica — dando saltitos alrededor del corpulento pelotari, que le sacaba medio cuerpo— si no hubiera sido porque este lo apartaba molesto cada vez que se acercaba y porque finalmente le propinó un violento empujón que dio con sus huesos en el suelo.

—¡Que me dejes en paz, me cago en Dios! —pudieron oír todos jurar a Basati.

Se hizo un silencio sepulcral. Las palabras del pelotari eran dos veces blasfemas, pues se escucharon cuando todavía perduraba el eco monótono del ángelus y algunos aún casi no habían acabado de santiguarse.

En cuanto al extranjero, al que todos aseguraron más tarde no haber visto nunca hasta entonces en Mondragón, tirado de bruces en mitad de la plaza, parecía un muñeco de trapo. El extravagante sombrero de ala ancha con el que se cubría, tocado con una pluma de colores, había volado unos metros más allá, como un pájaro enfermo. Sus cabellos se descubrieron ralos y lacios, con el color de la primera orina de la mañana. Era delgado y bajo, casi como un niño. Pero había algo a la vez en él que atemorizaba, que lo volvía tan viejo como la violencia y el dolor, que lo convertía en una especie de animal salvaje, peligroso e imprevisible. Parecía imposible, de hecho, que un cuerpo tan enclenque fuera capaz de despedir aquella energía, aquel odio tan intenso que brotó de sus ojos al incorporarse y clavarlos en los de Basati.

Después, el extranjero recogió su sombrero, le sacudió el polvo y desapareció entre el público, de nuevo con aquel trote extraño y simiesco.



Una vez que el extranjero salió del frontón, un murmullo volvió a elevarse entre quienes miraban el partido, esta vez convertido en una oración profana, que cortó de nuevo Basati con otro juramento.

—¡Saca ya! —apremió después incómodo a su contrincante, el joven Salsamendi, al que arrojó la pelota con un vehemente bote que hizo que a este se le escurriera entre las manos.

Salsamendi tuvo que corretear nervioso tras ella para recogerla, y se mostró inseguro cuando reanudó el juego, con un saque flojo que Basati cortó al aire, en un gancho al que imprimió todo el peso y la fuerza de su cuerpo. La pelota salió despedida de su cesta como un cañonazo, y al estrellarse contra el frontón hizo saltar algunas esquirlas de piedra.

Salsamendi no pudo hacer nada para restarla.

Entre el público se elevó un grito de admiración, que se repitió cuando en el saque siguiente Basati consiguió que la pelota se quedara clavada en el guante de mimbre del joven pelotari.

Las voces de los apostadores y los aplausos volvieron a adueñarse de la plaza. Basati volvía a ser el de siempre. Los tantos que ganó, uno tras otro, hasta el final del partido, fueron un auténtico recital: más saques vertiginosos, pero también reveses, dejadas, pelotazos

rasos que se estrellaban un milímetro por encima de la chapa... El joven Salsamendi se convirtió en un pelele, al que un inspirado e iracundo Basati vapuleaba a su antojo y humillaba hasta hacerle llorar, sin que nadie se apiadara de él.

Todos jaleaban al campeón.

Y ya nadie parecía recordar el incidente durante el ángelus.

Sin embargo, cuando Basati remató el último tanto y Xalbador abrazó exultante a Maurizia —al hacerlo, entre sus piernas una culebra de agua se desenredó inquieta sobre el vientre de la muchacha—, esta, por encima de su hombro, distinguió de nuevo a lo lejos la figura esmirriada y siniestra del extranjero.

Estaba sentado en lo alto de la muralla, con sus pequeñas piernas colgando en el aire y, como si de un niño jugando se tratara, los dedos pulgar e índice de su mano derecha dibujaban una pistola, con la que apuntó a Basati y le disparó tres veces, tres balas tan imaginarias como premonitorias.

# TRES DISPAROS





*ZOO HUMANO  
PIGMEOS FURIOSOS QUE ATACAN AL VISITANTE  
LAS SIAMESAS PATAGÓNICAS  
Y UNA HOTENTOTE DE NALGAS OCEÁNICAS*

Maurizia leyó sorprendida el cartel que había junto a una pequeña carpa de circo, instalada en las inmediaciones de la plaza de toros, a las afueras del pueblo.

Tras los partidos de pelota, Xalbador y ella habían decidido dar un paseo. Las calles bullían de animación. Era domingo y esa tarde había corrida. Desde Vitoria y San Sebastián habían comenzado a llegar las diligencias, con los aficionados y con los últimos bañistas de la temporada, que se confundían con los vecinos de Mondragón y con los *baserritarrak*<sup>[2]</sup> que bajaban desde los caseríos de los alrededores a disfrutar del día de fiesta.

—¡PASEN Y VEAN! —gritaba a la puerta de la carpa un hombre alto, de bigotes amarillos y puntas engomadas, vestido con chistera y una raída levita roja con los botones desdorados.

—¡RAROS, LOCOS, DESFIGURADOS!...

A Maurizia le hubiera gustado entrar a la carpa, pero supo, un segundo antes de que su novio Xalbador abriera la boca, lo que este iba a decir:

—¡Maldito explotador!

Así que tiró de él, alejándolo de allí.

—Anda, gruñón, vámonos a tomar el vermú.

—¿El vermú? Vaya, pareces una de esas señoronas tuyas del balneario —se rio Xalbador.

Ella se colgó orgullosa de su brazo. Todavía iba vestido con el traje de pelotari: la ceñida camiseta marinera, el pantalón milrayas y las relucientes alpargatas blancas.

Estaba muy guapo con esa ropa, que lo hacía además destacar y diferenciarse de los cerrajeros, los caseros o los trabajadores del ferrocarril con los que se cruzaban, todos con sus trajes negros.

Todos iguales e intercambiables.

Del mismo modo, Maurizia notaba cómo también a ella la observaban las caseras y las otras mujeres del pueblo, que se paseaban con sus delantales impolutos, en los que se marcaban claramente los pliegues sin planchar, para que quedara bien claro que los habían sacado del cajón y desdoblado esa mañana de domingo y no eran los mismos que usaban los días de labor. Podía ver cómo miraban de reojo, con una chispa envidiosa y acomplejada en la mirada, su vestido de organdí blanco y seda rosa, que ella misma había cosido pacientemente durante el invierno, imitando los que las bañistas habían lucido la temporada anterior por los jardines de Santa Águeda.

—¡PASEN! ¡PASEN Y VEAN EL ZOO HUMANO DEL DOCTOR VAN HALEN! —insistía el bigotudo.

Xalbador se revolvió, furioso primero; luego, más contenido, dijo:

—Sí, vámonos de aquí, Boliche. Antes de que sea yo el que monte el espectáculo.

Regresaron, pues, al centro del pueblo y se sentaron a tomar un sorbete en un elegante café, cuya terraza quedaba frente al parador desde el cual partían los carruajes hacia el balneario. Podían ver a los mozos cargar los grandes baúles, sin duda repletos de vestidos, sombreros, bañadores, polisones, abanicos, zapatos... Y a

los viajeros sacudirse incómodos el polvo del camino y estirar, como si fueran gatos persas, sus cuerpos aristocráticos y entumecidos.

Mientras lo hacían, Maurizia imaginaba bajo la ropa de las mujeres sus apretados corsés, con las afiladas barbas de ballena y los ajustados cordones, o, en el caso de los hombres, sus calzoncillos largos de lana.

Sin duda, para ser rico había que sufrir de vez en cuando. Los pobres, por el contrario, sufrían a todas horas, incluso si se concedían algún capricho:

—¡No podemos permitirnoslo! —protestó Maurizia, cuando Xalbador, tras apurar su sorbete, dijo que iba a pedir algo para comer.

—Claro que sí, mujer, me han dado una buena bolsa por el partido. Y esta noche me pagan también la cena y la fonda —la intentó tranquilizar.

Él también había llegado esa mañana desde Vitoria en una de las diligencias, junto con una cuadrilla de pelotaris, y se iría a la mañana siguiente con ellos a jugar otro partido en algún pueblo en fiestas, como había hecho durante esos meses de agosto y julio. Había conocido a Maurizia el verano anterior, cuando entró a trabajar como fontanero en el balneario. Era un oficial mañoso y bien considerado en el gremio, pero ese verano había decidido probar suerte con la cesta.

—Aunque también podemos echar la siesta en Santa Águeda, para recordar viejos tiempos —susurró el joven e impetuoso pelotari al oído de la muchacha.

Ella sintió cómo un escalofrío le recorría la mitad del cuerpo y cómo el brazo y el muslo de ese costado se le ponían en piel de gallina.

—¡Pero antes hay que llenar la panza! —dijo Xalbador, cuando el camarero les sirvió el primer plato.

Comieron y bebieron vino y después tomaron café y anís y finalmente Xalbador pidió la cuenta.

Luego dieron otro paseo. Las piernas les pesaban como animales recién sacrificados, por cuyas venas todavía circulaba la sangre caliente.

Volvieron a acercarse a la plaza de toros. El sol caía sobre el arrabal a estocadas. La pequeña carpa del zoo humano estaba ahora cerrada. Tras ella, vieron a los pigmeos furiosos compartiendo cigarrillos con la gigante africana, que había derramado generosamente sus nalgas oceánicas sobre la hierba amarilla.

—¡Y además de explotador, farsante! —refunfuñó de nuevo Xalbador, señalando a las siamesas patagónicas, a las cuales Van Halen hacía aparecer en el espectáculo con una misma camisa.

Se suponía que sus cuerpos permanecían unidos bajo ella. Ahora, sin embargo, se habían dividido de manera milagrosa en dos y correteaban alegremente, alejándose por un momento de la mirada inquisidora del doctor.

Este dormitaba en una silla destartada, a cuya sombra respiraba agazapado un bulto, un animal, tal vez un niño.

—Anda, déjalo. —Maurizia volvió a tirar del brazo de su novio, apartándolo hacia la plaza de toros, en cuyas inmediaciones merodeaban varios grupos de curiosos y maletillas que esperaban la llegada de los matadores.

Pero todavía era pronto y la pareja, aburrida, regresó sobre sus pasos, que los condujeron de manera ineludible al camino que llevaba hasta el barrio de Gesalibar, en el que se levantaba el balneario.

La carretera había sido abierta medio siglo atrás, cuando la reina Isabel II tomó las aguas en Santa Águeda, que se encontraba a cuatro kilómetros del centro de Mondragón.

Tardaron casi dos horas en recorrer esa distancia. De vez en cuando escuchaban acercarse algún carruaje y Maurizia corría a esconderse tras alguno de los chopos que vigilaban como guardias reales el camino.

—No quiero que los clientes me vean y que después vayan con habladurías a nadie —explicaba.

Y Xalbador no protestaba, se dejaba arrastrar, pues en cada una de esas ocasiones abrazaba tras los árboles a Maurizia y ella lo besaba y las lenguas de los dos hablaban en silencio del verano anterior, en el que hicieron el amor en el balneario como locos, como animales, hasta desollarse las pieles y curar sus heridas con saliva y con el flujo inagotable de sus sexos.

---

[2] *Baserritarrak*: caseros, quienes viven y trabajan en los caseríos (*baserriak*).

## II

El balneario apareció, al fin, tras una curva. Era un edificio grande, desapasionado y funcional, con la fachada de arenisca pintada de amarillo. Parecía un convento o un hospital —de hecho, había sido banco de sangre durante las últimas guerras carlistas—, y olía, ya desde lejos, como esos lugares. Solo la gran cantidad de ventanas, con su alegre carpintería, pintada de azul, evocaba las fiestas y espectáculos, las tertulias, los enamoramientos, las cientos de joviales historias que cada verano acontecían tras ellas, y que a pesar de todo tampoco podían sacudirse el poso de tristeza que acompañaba siempre a un establecimiento como aquel, en el que la enfermedad —la gota, el reuma, la aerofagia— revoloteaba sobre todas sus estancias y quienes las frecuentaban.

Atravesaron el jardín, desierto en aquellas horas de siesta y moscas. La escalera imperial de la entrada, por el contrario, parecía un hormiguero. Por ella subían y bajaban mozos, bañeros y aurigas, ayudando a los encopetados bañistas a montar en las calesas que los llevarían hasta la plaza de toros. A pesar del ajetreo, algunos de los trabajadores reconocieron a Xalbador y se detuvieron a saludarlo.

Maurizia aprovechó para escurrirse hasta el cuarto del petróleo.

Sabía muy bien dónde encontraría más tarde a su novio.

Cuando llegó hasta el pequeño almacén vio aliviada que la puerta estaba cerrada. Abrió con llave, de todos modos, y comprobó que todos los barriles, lámparas y quinqués permanecieran intactos.

Nada de cuanto sucedía en Santa Águeda escapaba al control de Maurizia.

Al salir, la sobresaltó una mujer agachada en el suelo, fregando el pasillo.

—Señorita Maurizia, pero ¿hoy no era su día de fiesta?

—Sí, pero Xalbador, mi novio, se ha empeñado en venir a hacer una visita —se excusó.

Y casi al mismo tiempo pensó que ella, la jefa de intendencia del balneario, no tenía por qué dar explicaciones.

—Hay que cambiar el agua. Huele mal. —Señaló autoritaria el barreño en el que la mujer mojaba el trapo para fregar.

—Sí, señorita Maurizia —contestó esta.

Maurizia se arrepintió también de inmediato de su injusto reproche. La mujer tal vez se había tomado demasiadas confianzas, pero no era cierto que el agua con la que estaba fregando estuviera sucia. En realidad, Maurizia estaba enfadada consigo misma, porque creía que había bajado la guardia y permitido que aflorara su nerviosismo y una excitación que, de todos modos, tampoco conseguía dominar.

Se alejó dando un rodeo por el tramo del pasillo que todavía no estaba mojado; en parte para no pisar el suelo recién fregado y disculparse de algún modo con la mujer; y en parte para que esta no sospechara hacia dónde se dirigía: un pequeño y estrecho hueco, encajonado entre dos habitaciones, en el que guardaba los libros de cuentas donde anotaba concienzudamente todo: el número de toallas limpias y sucias; las botellas de champán almacenadas y las que los clientes bebían cada noche; los pagos hechos a los músicos, el mago o las cupletistas...

Xalbador todavía no había llegado a su «despacho», como ella llamaba a aquel cubículo. Decidió esperarlo dentro. La recibió el olor familiar y ferruginoso de las tuberías que se enmarañaban en el techo. Había sido una buena idea ubicar allí su despacho y convertirlo además en el lugar para sus citas, pues no resultaba raro que Xalbador pasara de vez en cuando a revisar los conductos, en ese corazón de hierro desde el que las cañerías bombeaban el agua corriente a las habitaciones de los huéspedes.

Al cerrar la puerta tras de sí, antes de prender un fósforo y con él la lámpara, Maurizia distinguió en la oscuridad el delgadísimo rayo de luz que se proyectaba desde una de las paredes y, no pudo resistirse, se acercó al agujerito desde el que provenía. Lo hizo con el mismo cosquilleo mórbido y culpable en el bajo vientre de las otras veces, pero también por pura inercia, pues en realidad no esperaba encontrar a esas horas a nadie al otro lado.

El orificio en la pared, apenas del tamaño de un botón, estaba cubierto desde el otro lado con un espejo, pero coincidía casualmente con una muesca en el azogue que lo hacía pasar desapercibido.

Para su sorpresa, al arrimar la pupila vio al huésped de la habitación, tumbado sobre la cama. Había supuesto que, como los demás, habría dejado su habitación para ir a los toros, en Mondragón. Pero no, allá estaba, y no parecía que tuviera mucha intención de prepararse para salir: desnudo, flaquéisimo, con la cabeza reposada en la almohada, se masturbaba plácidamente.

Lo reconoció. Era un diputado a Cortes, del Partido Conservador, famoso por sus soflamas y sus artículos en los periódicos contra la relajación de las costumbres y la moral.

—¡Oh! —se le escapó a Maurizia un leve respingo, pues un instante después descubrió que el hombre no estaba solo y que quien lo acompañaba no era su mujer, sino la de otro de los huéspedes.

—Vaya, vaya, así que me voy a quedar sin ir a los toros, pero no sin ver al picador —la oyó coquetear.

Y vio cómo su rollizo cuerpo se interponía entre su ojo y la grotesca visión del hombre acariciándose.

La mujer iba vestida con un *déshabillé* de seda negro, con ribetes, y bajo el mismo unos pololos malvas y un corsé del mismo color que si bien no conseguía, era imposible que pudiera reducir la abultada cintura, alzaba considerablemente sus pechos caudalosos, cuyo nacimiento arrancaba casi desde la elegante cinta, también negra, con la que se adornaba el cuello.

La vio acercarse bamboleante y provocadora al borde la cama.

—Estás preciosa —dijo el hombre, masturbándose cada vez con más ímpetu.

Su pene, encajado bajo las costillas pegadas a la piel y el escurrido estómago, se veía enorme, como una anormalidad, una especie de bestia con vida independiente de aquella anatomía huesuda y enclenque.

—Pues aún no ha llegado lo mejor, señor diputado —dijo ella.

Y se desprendió primero del *déshabillé* y después del corsé, cuyos cordones arrancó de un tirón, consiguiendo de ese modo que sus generosas carnes se derramaran como un gran cuenco de leche, mientras el señor diputado se relamía el pomposo bigote, igual que un gato hambriento.

Dio este entonces un salto felino desde la cama y por un momento Maurizia perdió de vista a la pareja.

Cuando volvieron a aparecer ella caminaba a cuatro patas, con el hombre subido a horcajadas en su espalda y azotándole con una fusta las monumentales y lechosas nalgas, entre las carcajadas de ambos.

A Maurizia le hubiera gustado ver cómo progresaba aquella escena, del mismo modo que al mediodía le hubiera gustado visitar el zoo humano del doctor Van Halen.

Pero justo en ese momento alguien llamó a la puerta del despacho, con un repique de nudillos que reconoció de inmediato y que le trajo a la memoria algunos gozosos recuerdos del verano anterior.



Fue en esa misma habitación, al otro lado de la pared, donde, el verano anterior, Xalbador y Maurizia pasaron por primera vez una noche juntos.

Y el mismísimo don Antonio Cánovas del Castillo, el presidente del Consejo de Ministros, quien, sin saberlo, lo propició.

Para cuando Cánovas llegó, a mediados de agosto, a alojarse en Santa Águeda, la pareja ya llevaba tonteando unas semanas por los pasillos, los huecos de escalera y los jardines del balneario.

A Maurizia le gustaba el atrevimiento del nuevo y joven fontanero, que bromeaba o coqueteaba con ella cada vez que se cruzaban, y que después, casi sin que ella se diese cuenta, comenzó a agarrarla de la mano, o a rodearle la cintura, hasta que un día, por sorpresa, la atrajo con fuerza hacia sí y la besó en la boca.

No fueron, sin embargo, sus besos, que sabían a aguardiente, tabaco y anginas, los que la enamoraron, sino sus manos. Sus grandes manos de pelotari, en las que cabía su cabeza —le gustaba que él hundiese los dedos con aquella desesperación en su cabellera negra— o cada uno de sus rotundos pechos, que siempre la habían avergonzado, pero que él abarcaba con naturalidad y apetito, como si recogiera la fruta de un árbol, y que

conseguía con ese gesto reducir al tamaño de dos manzanas.

—¡Esas manos, que luego van al pan! —Intentaba zafarse de todos modos Maurizia en algunas ocasiones, pues temía que alguien los viera y que don Carlos, don Ramón o doña Fabiana, los catolicísimos dueños del balneario, pudieran enterarse, poniendo en peligro, en efecto, el pan que ella ganaba con su trabajo.

En otras ocasiones, por el contrario, no podía evitar abandonarse despreocupadamente al deseo, y fue de esa manera como un día, en uno de los gabinetes de baño, un huésped sorprendió a los dos jóvenes en una situación algo más que comprometida.

—Tranquilos, tranquilos, no pasa nada —intentó calmarlos el intruso, mientras ellos intentaban taparse las vergüenzas.

Maurizia sabía quién era: uno de aquellos periodistas madrileños que solían merodear por el balneario cuando Cánovas se hospedaba en él. A ella no le gustaban. Siempre andaban entrometiéndose en todo. Aquel hombre, por ejemplo, no debería estar allí a aquellas horas, en las que los baños todavía no estaban abiertos para los clientes.

—Si vosotros me echáis una mano yo os prometo no solo no contar nada sino además ayudaros para que acabéis en condiciones lo que estabais haciendo —dijo.

Maurizia y Xalbador se miraron estupefactos. ¿Qué era lo que les estaba proponiendo exactamente?

—No, no, no es lo que pensáis —aclaró él—. Soy fotógrafo. Fernando de Arteaga. Semanario ilustrado *Nuevo Mundo*. Madrid —telegrafió, tendiéndoles la mano, que no tardó en retirar al darse cuenta de la inconveniencia de ese gesto en un momento tan pegajoso como aquel—. Me han encargado hacer una foto al presidente. Algo original, fresco... —continuó, de todos modos—. Y qué mejor que un retrato íntimo de don Antonio en la bañera; claro que difícilmente podré contar con su colaboración.

Pero quizás con la vuestra sí. Al menos si queréis que haga como que no he visto nada. ¿Qué os parece?

—Me parece que te voy a poner la cara del revés de un bofetón —saltó Xalbador.

—Espera, espera. —Se interpuso Maurizia entre los dos hombres—. ¿Qué quiere usted decir?

—Eso está mucho mejor. Un poco de sensatez. Porque además podría recompensaros. Podría, por ejemplo, cederos una noche mi habitación.

—Pero... ¿qué quiere que hagamos? —preguntó Maurizia.

—Es fácil. He observado que el presidente toma un baño todos los días a la misma hora, ahí. —Señaló una bañera de mármol jaspeado—. Y que desde el cuarto de al lado se puede trepar y colarse hasta este. —Señaló un murete a sus espaldas, que se cortaba un metro antes de llegar al techo; un poco más adelante se levantaba otro muro de baldosas, con un pequeño recodo que daba acceso a una de las duchas escocesas y que también señaló el fotógrafo—. Ahí podría esconderme y hacer la foto. Pero necesito vuestra ayuda. La tuya —señaló ahora a Maurizia— para entrar en el baño contiguo; y la tuya, muchacho, para que me despejes el camino aquí dentro: Cánovas coloca siempre varias sillas alrededor de la pileta, que me quitan la luz. Tendrías que retirarlas.

—¡Pero yo no soy bañero! —protestó Xalbador.

—Ya lo sé, eres fontanero, mejor todavía, así puedes cambiar las rutinas del presidente sin despertar sospechas. Puedes, por ejemplo, entrar y decir que hay un grifo que no funciona bien, o que el agua caliente se ha estropeado...

—¿Y qué hay de la habitación? —recapacitó el joven.

—En cuanto haga la foto me iré pitando para Madrid. Diré que al día siguiente salgo temprano y dejaré pagada la cuenta. Así que esa noche mi habitación estará vacía. Toda para vosotros.

Xalbador y Maurizia volvieron a mirarse.

—¿Qué te parece, Boli? —preguntó él.